

I Domingo Adviento

Isaías 63, 16b-17. 19b; 64, 2b-7; Tesalonicenses 5, 1-6; Marcos 13, 33-37

« *Velad, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa* »

27 Noviembre 2011 P. Carlos Padilla Esteban

« *Él os mantendrá firmes hasta el final,
para que no tengan de qué acusaros en el día de Jesucristo* »

¡Con cuánta frecuencia nos quejamos! Nos quejamos de la suerte que corremos, de la crisis, del tiempo, de la salud, del dinero, de los errores de los demás, de los propios, de la falta de amor con la que el mundo nos paga, del olvido de un Dios que no nos ama tanto como quisiéramos, del destino, que parece que nunca va a ser benévolo en nuestro camino. La vida nunca es lo suficientemente buena, ni nuestra suerte, ni el amor que recibimos, ni siquiera el que damos. Vivimos llenos de quejas, porque pensamos que la vida es injusta. Y nos rebelamos contra tantos planes que no resultan tal como queremos. El otro día leía: *«Detrás de la queja fácil, de nuestros desahogos, muchas veces se esconde una sutil soberbia que nos hace engrandecer y dignificar tanto nuestro yo que todo se nos vuelve un agravio intolerante, una injusticia infundada, una falta de reconocimiento a nuestra valía, un desprecio»*. Nos sentimos indignados contra la vida. Y, entonces, con la queja, puede surgir fácilmente la crítica: *«La queja viene muchas veces acompañada de su hermana la crítica. Ambas nacen de un imperceptible egocentrismo que desplaza y margina a Dios o, a lo sumo, le reclama y exige el servilismo de su omnipotencia»*. Surge esa crítica que nos envenena el alma y nos acostumbra a buscar siempre lo que falta en lugar de agradecer por lo que ya tenemos. Con nuestra amargura viene el desaliento y con nuestra falta de alegría surge esa tristeza que todo lo nubla. Dejamos de vivir la vida con pasión, olvidando que todo se juega en el presente. Nos sentimos abandonados por un Dios omnipotente que no actúa, por un Dios que dice que nos ama y nos olvida. Y entonces envidiamos y atacamos la suerte de los que nos rodean. Para sentirnos mejor, para sentirnos más valiosos. Como si **nuestro valor estuviera en relación directa con la disminución del valor de los que están cerca de nosotros; aquellos con los que, inútilmente, como niños, competimos.**

Hoy comenzamos este tiempo de Adviento que nos invita a ser positivos, optimistas y a mirar con esperanza la vida. Es un tiempo que se nos da para comenzar la preparación del corazón y recibir con alegría a Cristo, que se hace carne entre nosotros. Es un tiempo para la espera y no para el desaliento, para la alegría y no para la queja. Un tiempo fugaz, pero valioso, efímero como la vida, pero que podemos disfrutar sin miedo, con la fuerza de los niños que todo lo viven en presente. El otro día leía un comentario interesante: *«La vida es demasiado corta para desperdiciarla con tristezas. No malgastes tu vida mirando atrás. Disfruta de la vida, aprovecha el tiempo»*. Mirar hacia delante nos ayuda a aprovechar bien el tiempo que tenemos en nuestras manos con optimismo. Un refrán conocido dice: *«Un pesimista es el hombre que cuando huele las flores busca un ataúd alrededor»*. Es como si al ver algo bueno en la vida no acabáramos de creérselo y dudáramos, buscando en seguida el mal del que viene acompañado. Pero nosotros, al comenzar el Adviento, queremos ser hombres alegres y esperanzados. En nuestra vida, cuando esperamos que suceda algo importante, preparamos todo con ilusión. Sin embargo, cuando hablamos de Cristo que viene a vivir en nuestra carne, no le damos tanta importancia. Año tras año la misma invitación del Señor. Y nos deja indiferentes ese mensaje de esperanza. La venida de

Cristo, el misterio de un Belén humilde, tendrían que brillar hoy ante nuestros ojos. Por eso el único camino para esperar con ilusión el misterio de Dios hecho carne, es ser optimistas. Hay que aprovechar cada día. Sí, lo sabemos, si pensamos con calma, vemos mucho tiempo desperdiciado, muchas ocasiones perdidas, demasiadas ilusiones rotas. Por eso el alma quiere levantarse al comenzar este tiempo de espera, no quiere dormir. Sí, no puede ser que la vida pase ante nuestros ojos y nosotros no seamos capaces de comenzar siempre de nuevo. El tiempo es escaso y podemos perder la esperanza con tanta espera, siempre lo mismo. Es tiempo de ponernos en pie y empezar un camino incierto pero fascinante. El camino de la vida, de la entrega, del amor. ¡Si pudiéramos vivir de verdad! Nos conformamos fácilmente **con mínimos y dejamos que el tiempo se nos escape casi sin darnos cuenta, sin valorar las horas, sin amar con toda el alma.**

Las palabras que hoy Jesús nos dirige son claras y nos invitan a estar muy atentos: *«En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: -Mirad, vigilad, pues no sabéis cuándo es el momento. Es igual que un hombre que se fue de viaje y dejó su casa, y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara. Velad entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer; no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros lo digo a todos: -¡Velad!»* Marcos 13, 33-37. Velar es la actitud del cristiano que sabe que la vida presente es sólo espera de la vida eterna. La actitud del que vela es la actitud de María, siempre en camino, siempre atenta para hacer en cada momento la voluntad de Dios. La actitud de María que sale presurosa rumbo a la montaña, al camino, para llevar a la esperanza de su Hijo. No se cuida, no se queda tranquila cuidando la promesa que Dios le ha hecho. María se nos presenta hoy como la Madre del Adviento. Ella espera en su seno el cumplimiento de una promesa de plenitud. Sabemos que en la vida no debemos prometer cosas que no podamos cumplir. Los niños, al escuchar nuestras promesas, nos creen y no se cansan de esperar y preguntar hasta que obtienen lo que les hemos prometido. No hay nada peor que frustrar las promesas que hacemos a las personas que queremos. Dios tampoco promete lo que no cumple. Hizo una promesa a María y Ella esperó en la oscuridad del camino su cumplimiento. Dios la eligió a Ella y Ella se dejó seducir por el amor de Dios. Dios nos busca en esta Adviento y nos promete la plenitud de Cristo. Queremos vivir confiando en su promesa. **Le pedimos a María que nos enseñe a confiar y a dejar nuestras comodidades por seguir el camino que nos señala.**

Velar significa aguardar con el corazón ardiendo. Sin miedo al futuro y sin desánimo. No queremos vivir dormidos, porque el que duerme no percibe el paso de Dios y se pierde la oportunidad de crecer. El Adviento nos despierta de nuestro letargo, nos hace estar atentos a la vida y buscar a Dios en todo lo que hacemos. Deberíamos tener muy presentes estas palabras del P. Kentenich: *«El Padre siempre está con nosotros, deberíamos retirarnos a la intimidad de nuestro corazón, a la morada del Padre y conversarlo todo con Él»*¹. El tiempo de Adviento es una invitación a buscar a Dios en la soledad del corazón, en el silencio del alma. Lo primero que vemos al comenzar este tiempo es que necesitamos más intimidad con el Señor, más vida en soledad. También decía el P. Kentenich: *«¿Cómo se explica que nosotros colaboremos tan poco con esa santa soledad que nos conduce a la vida en común con Dios? Desgraciadamente, o ignoramos los grandes misterios, o si sabemos algo de ellos, lo olvidamos o no los tenemos presentes. Observamos y cumplimos demasiado poco esta verdad de que la Santísima Trinidad mora en nosotros»*². Nos olvidamos del misterio profundo que encierra el Adviento: Dios quiere habitar en medio de los hombres. Dejamos de sorprendernos ante la Navidad y ante ese misterio escondido en un pesebre. Nos hacemos adultos y perdemos la ilusión de los niños. Nos hemos decepcionado

¹ J. Kentenich, "Mi Santuario corazón", 17

² J. Kentenich, "Mi Santuario corazón", 26

muchas veces en la vida y nos cuesta seguir creyendo en los cambios, no creemos en su presencia. Hoy el Señor nos pide que velemos con Él, que lo busquemos, que no desesperemos. **Él vive en nosotros y nos busca. Quiere encontrarnos despiertos.**

Pensaba que para esperar algo con fuerza es necesario saber que estamos necesitados y no satisfechos. Sólo espera aquel que siente que le falta algo en su vida, no el que tiene todas sus necesidades cubiertas. El hombre menesteroso espera, mientras que el que vive satisfecho duerme. La sociedad intenta calmar el deseo más profundo del alma. Las tecnologías nos crean necesidades y nos hacen vivir dependientes de muchas cosas. No podemos vivir sin internet, sin estar en comunicación con el mundo, por eso se hace difícil el silencio. No nos conformamos con lo que ya tenemos, y el consumo nos lleva a comprar cosas que no nos hacen falta. Tratamos de calmar la sed de infinito que tiene el alma. Buscamos en lo finito saciar lo infinito. Pero no es posible, vuelve la sed. Somos mendigos de amor, pero el amor que saciará el alma es un amor infinito, no el que amor finito que mendigamos inútilmente. Y mientras, corremos de un lado a otro, por **momentos satisfechos, en algunos momentos inquietos, con angustia y perdidos.**

El camino que Dios quiere para nosotros no siempre coincide con nuestros planes. La imagen del camino es la imagen que se nos regala en este primer domingo de Adviento. No siempre sabemos encontrar nuestro propio camino. No siempre sabemos hacia dónde vamos. Y lo cierto es que siempre estamos en camino, nunca nos detenemos, la vida no nos lo permite. Por eso tenemos que aprender a confiar más en el camino que Dios sueña para nosotros y no tanto en nuestros deseos a veces egoístas. La actitud ha de ser positiva ante los cambios con los que no contábamos, porque Él sabe mejor lo que nos conviene. Nosotros no podemos detenernos y de nada sirve que nos quejemos por nuestra suerte; como leía hace poco: *«No nos paramos a pensar que, en el fondo, nuestras palabras quejumbrosas y lastimeras van contra Dios, y que es a Él a quien estamos echando en cara que, pudiendo, no hace las cosas según nuestros gustos»*. Queremos mirar con optimismo y esperanza hacia delante. Miramos a Dios y le pedimos que nos enseñe a amar el camino al que nos llama. Es el mensaje del Adviento. *« ¡Levántate! »*, nos dice hoy Dios, *«sonríe y camina, no te detengas nunca»*. Es el mensaje con el que hoy comenzamos. No podemos dormirnos. **Dios nos llama a ponernos en camino, presurosos, como María.**

Nuestra experiencia al recorrer nuestro camino es la experiencia de la propia debilidad. Decía el P. Kentenich: *«Dios me quiere precisamente porque soy débil. La verdadera piedad no consiste en que llevemos “un cuello blanco”, en que no caigamos. Es un error muy grande. Pero esto no quiere decir que podamos andar sin cuidado, cometiendo una falta tras otra. Me esforzaré por no cometer faltas. La auténtica piedad consiste en la dependencia de Dios, en la adhesión a Dios»*³. Vivir el Adviento significa vivir con la mirada puesta en la misericordia de Dios que nace en la humildad de un pesebre. La realidad de Belén nos habla de debilidad. Es la debilidad del hombre que no descubre a Dios en un establo. Nuestra propia debilidad que se confronta cada día con el pecado. La debilidad del desprecio a un matrimonio que busca posada y no es recibido. La debilidad de un establo en el que la grandeza del hombre pasa desapercibida. Belén, ciudad en amurallada, en guerra, dividida, es elegida para que nazca en ella el príncipe de la paz. Las paradojas de Dios que elige siempre lo débil. Elige nuestra propia debilidad. Aprendemos a caminar cuando besamos nuestra herida después de la caída. Cuando nos ponemos de pie con esos pasos que nos hacen tambalear y seguimos adelante en medio de dudas y tropiezos. Nos adherimos a Dios, no para no caer, sino para levantar nuestro peso caído, una y otra vez, sin desánimo. La pobreza de la carne oculta en un pesebre nos recuerda el tesoro, la grandeza, que llevamos oculta en nuestra carne. Llevamos oro en vasijas de barro y Dios

³ J. Kentenich, “Una Señal en el cielo”, 214

quiere hacer milagros con nuestro barro. Nuestra pobreza es nuestra carta de presentación, nuestro mayor valor como nos lo recuerda San Juan Crisóstomo: *«Es lo mismo que decía a Pablo: -Te basta mi gracia, que en la debilidad se muestra perfecto mi poder. Así es como yo he determinado que fuera. Al decir: -Os envío como ovejas, dice: -No desmayéis: yo sé muy bien que de este modo sois invencibles. Podía haberos hecho más temibles que leones; pero eso no era lo conveniente, porque así vosotros hubierais perdido prestigio y yo la ocasión de manifestar mi poder».* **Nos basta la gracia de Dios, nos basta su poder, no tenemos que ser poderosos.**

Nuestra vida es la que es y tenemos que ser capaces de amar nuestro camino y amar el tiempo que se nos regala. Vienen a mi memoria las palabras de la protagonista de una novela: *«Lo había logrado. Era maravilloso. Por primera vez en mi vida, era capaz de quererme a mí misma».* ¡Cuánto nos cuesta querernos! Y es que sólo cuando nos amamos de verdad a nosotros mismos podemos disfrutar la vida, vivir el presente, amar a los amigos y a los que Dios pone en el camino. Mientras no lo logremos, viviremos llenos de quejas y críticas, sin esperar nada porque nos asusta el futuro. Amarnos a nosotros mismos es una tarea para toda la vida. Decía el P. Kentenich: *«Da igual que se sea bueno, malo o regular. En el amor de Dios y en su corazón, todos tenemos cabida, así que no hay que tener complejos»*⁴. Dios nos quiere tal y como somos y eso nos consuela. Porque lo maravilloso del tiempo que comenzamos es que Dios tiene preparado un Belén para nosotros, un hogar, una casa en su corazón. Y ese hogar que Dios nos prepara no está en función de nuestro buen comportamiento. Dios quiere acogernos en su posada. Quiere recoger nuestro corazón inquieto que nunca descansa. **Quiere darnos la paz de sentirnos con Él en casa.**

El amor de Dios que se abaja para levantarnos es lo que nos recuerda que somos hijos de un Rey. Isaías hoy nos recuerda esa acción poderosa de Dios: *«Tú, Señor, eres nuestro padre, tu nombre de siempre es Nuestro redentor. Señor, ¿por qué nos extravías de tus caminos y endureces nuestro corazón para que no te tema? Vuélvete, por amor a tus siervos y a las tribus de tu heredad. Jamás oído oyó ni ojo vio un Dios, fuera de ti, que hiciera tanto por el que espera en Él. Sales al encuentro del que practica la justicia y se acuerda de tus caminos. Estabas airado, y nosotros fracasamos: aparta nuestras culpas, y seremos salvos. Todos éramos impuros, nuestra justicia era un paño manchado; todos nos marchitábamos como follaje, nuestras culpas nos arrebatában como el viento. Nadie invocaba tu nombre ni se esforzaba por aferrarse a ti; pues nos ocultabas tu rostro y nos entregabas en poder de nuestra culpa. Señor, tú eres nuestro padre, nosotros la arcilla y tú el alfarero: somos todos obra de tu mano ».* Isaías 63, 16b-17. 19b. Es Dios el que sale a nuestro encuentro y nos busca. Todo comienza con su amor incansable. Son sus manos las manos del alfarero que trabaja con nuestro barro, con nuestra debilidad, y logran hacer con el barro una obra de arte. Su amor es más grande. **El amor de Dios dignifica nuestro barro y lo acerca a sus manos llenas de misericordia.**

Por eso la única forma de preparar una morada digna de Dios es el camino de la humildad. Tenemos que reconocernos en nuestro barro para que Dios se abaje y venga a nosotros. Cuando no nos tomamos muy en serio permitimos que en nuestra vida los demás vean a Dios. Sin embargo, cuando nos ponemos en el centro una y otra vez, entonces sólo brilla nuestro ego. El otro día pensaba en S. Martín de Porres. Un santo silencioso y sencillo que pasó su vida realizando humildes servicios en un convento. Pasaba desapercibido y no tenía grandes méritos aparentes. Ni títulos ni gloria humana. Es considerado patrono de los porteros. Y pensaba en esta función de ser porteros en la vida que Dios nos regala. Puertes que unan. Es un servicio humilde y desinteresado, que pasa desapercibido y no es valorado. Sin embargo, ¡qué importante es que haya porteros en la Iglesia! Porteros humildes que desde su pobreza acerquen a Dios a los hombres. Porteros que sonrían y hagan cercano a Dios para aquellos que no creen en la

⁴ María Vallejo-Nájera, “Un mensajero en la noche”, 249

misericordia divina, ni en la Iglesia. Sólo logramos desempeñar bien la función de porteros cuando no nos buscamos a nosotros mismos, cuando no nos creemos indispensables, cuando sabemos que Dios nos ha puesto en el camino para anunciarle a Él, no a nosotros. Es la humildad de Belén. La humildad de un poder que se esconde en nuestra carne. **La humildad de Dios hecho niño, dependiente de nuestro amor.**

Queremos prepararle una morada a Dios, un Belén donde pueda ser acogido. Pero no nos sentimos dignos para ello. Muchas veces no dejamos que Cristo venga a nuestras vidas porque estamos demasiado centrados en nuestros deseos. Decía el P. Kentenich: *«Él no puede entrar en mí mientras estoy enfermo, mientras sigo teniendo tanto amor propio y egoísmo en los rincones de mi alma. Pero a medida que me voy liberando de mí, en esa misma medida se convierte mi pensar, mi amar y mi sentir, en el pensar, amar y sentir de Cristo. Él obra en mí, trabaja en mí, sufre en mí, vive y ora en mí»*⁵. El egoísmo nos aparta de Dios y nos encierra en nuestra cueva. No queremos que venga a nosotros porque no nos hallamos dignos y porque no queremos cambiar. Encontramos que nuestro corazón no es el mejor lugar en el que Cristo puede nacer y nos excusamos: hay demasiado ruido, suciedad, descuido. Es como si nunca pudiéramos estar contentos con nosotros mismos. Sin embargo, tenemos que comprender que Dios ha elegido ya nuestro corazón para nacer en él. No depende de nosotros la elección. Dice el P. Kentenich: *«-Hay tres lugares- dijo una vez el Señor a Santa Gertrudis – tres lugares donde me gusta vivir de modo especial, con una alegría particular: en el corazón del Padre Celestial, en el Tabernáculo y en el corazón de los hijos de Dios. ¿No sentimos cómo el Redentor hoy solicita entrada, como quiere visitar nuestro corazón como su lugar predilecto?»*⁶. Esta pregunta es esencial. ¿No sentimos que Dios quiere llegar a hacer morada en nuestro interior? Muchas veces no escuchamos esa petición de Dios, no nos sentimos tampoco preparados para darle posada. Pero su deseo es evidente. El P. Kentenich nos habla de una verdad de fe, Dios quiere morar en nuestro corazón. Nuestro corazón entonces será un verdadero santuario donde María y Dios Trino habitan: *«Quiere ser rey y alma de todos los corazones. Por lo tanto, tiene que ser Él quien viva en nosotros, quien aspire en nosotros, quien sufra en nosotros»*⁷. Quiere nacer en nosotros para gobernar, para ser el rey de nuestra vida. Quiere hacerse un hueco en nuestra vida. Por eso nos preguntamos al comenzar el Adviento: ¿cómo está la posada de nuestra alma? **Queremos profundizar y mirar en silencio si hay sitio para Él en nuestra vida.**

El Adviento es un tiempo de conversión, de cambio y tenemos que aprovecharlo. El salmo refleja la actitud abierta al cambio: *«Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve. Despierta tu poder y ven a salvarnos. Ven a visitar tu viña, la cepa que tu diestra planto, y que tú hiciste vigorosa. Que tu mano proteja a tu escogido, al hombre que tú fortaleciste. No nos alejaremos de ti; danos vida, para que invoquemos tu nombre»*. Sal 79, 2. 15-16. 18-19. Queremos ser restaurados por Dios, hechos de nuevo. Él puede hacer todas las cosas nuevas, sólo necesita nuestro sí. Las palabras de S. Pablo nos invitan a dejarnos transformar por la acción de Dios: *«Por Él habéis sido enriquecidos en todo: en el hablar y en el saber; porque en vosotros se ha probado el testimonio de Cristo. No carecéis de ningún don, vosotros que aguardáis la manifestación de nuestro Señor Jesucristo. Él os mantendrá firmes hasta el final, para que no tengan de que acusaros en el día de Jesucristo, Señor nuestro. Dios os llamó a participar en la vida de su Hijo, Jesucristo, Señor nuestro. ¡Y él es fiel!»* 1 Corintios 1,3-9. Es la llamada a mantenernos firmes en nuestra fe. Queremos ser fieles hasta el final, en la oscuridad y en las dificultades. No obstante, ¡Cuánto nos cuesta la fidelidad! **Ser fieles es mantener encendida en todo momento la llama de nuestro amor, es cuidar el fuego que Dios ha hecho surgir en el alma. Es cuidar nuestro sí cada mañana, nuestro espíritu de servicio.**

⁵ J. Kentenich, “Mi santuario corazón”, 31

⁶ J. Kentenich, “Mi Santuario corazón”, 24-25

⁷ J. Kentenich, “Mi Santuario corazón”, 31